



¿Por qué la mujer debe ser la mandadera del hombre, mamá?  
¡La mujer no es la mandadera de nadie!

## La amante del General

JOSÉ EDGAR SALINAS URIBE

*Para Saúl Rosales, con mi admiración y cariño.*

— Mire, señor Presidente, creo que fue por aquello de *por sus métodos los conoceréis*.

Con esa frase quiso responder a la curiosidad refugiada en la pregunta que le había hecho aquel hombre acostumbrado al halago que granjeara su favor. Ser Presidente de los Estados Unidos Mexicanos le permitía hacer y deshacer en un territorio asido por dos dilatados brazos de agua: los ríos Bravo y Usumacinta.

El General la miró fijamente. Quizá por primera vez desde que había llegado a la Comarca Lagunera miraba a alguien. Hasta ahora, con nueve días entre los laguneros, se había dedicado simplemente a ver y sus ojos se habían llenado de desierto que se repartía entre miles de hombres ataviados con calzón de manta, manos surcadas por las acequias de la necesidad pero con una sonrisa triunfante en sus rostros ennegrecidos por los puñetazos del sol comarcano porque después de veinte años la Revolución por fin llegaba a La Laguna. Ya no sólo había batallas, muerte y penuria; ahora la Revolución les había llegado en forma de pedazo de tierra. Ya estaba bueno de que nomás pusieran los muertos; la cita con la justicia había llegado. En poco más de una semana y protegidos por el decreto presidencial firmado ese mismo año, eran ya treinta y cuatro los ejidos establecidos de un total de doscientos noventa y dos que habrían de convertir a La Laguna en el principal experimento agrario llevado a cabo por la mano del General.

— Es hermosa -pensó el General, quien por un momento dejó que su mirada escalara el cuerpo de esa mujer de estatura mediana, cuerpo delgado, cabello negro que lisamente recogido apenas llegaba a la mitad de su espalda, y cuyos labios delgados se habían fijado en un sonrisa amplia, poco común para una mujer de una época en que habitualmente su razón de vida era la compañía a su hombre, el serle recatadamente útil y con ello dar por cumplida su misión. Pero la sonrisa libre de esta mujer le hizo recordar al General algo que había platicado muchas veces con Lombardo Toledano y hasta con el propio Mújica: había que hacer de la mujer un motor para el desarrollo del país. La mujer debía dejar de ser “la mandadera del hombre”, frase que en su niñez escuchó decir a unos peones allá en Jiquilpan -¿Por qué la mujer debe ser la mandadera del hombre, mamá?, preguntó de niño a su madre un domingo que iban a misa. ¡La mujer no es la mandadera de nadie!-, respondió con voz fuerte la única mujer que ha sido madre de un Presidente, hermana, abuela y bisabuela de gobernadores: matriarca de una familia que gobernó durante un cuarto de siglo en Michoacán, tierra en que el apellido de sus hombres sigue siendo ley.

— ¿Señor Presidente?...General... ¿señor Presidente?, la voz aguda de su secretario particular agrietó el silencio en que se sumía momentáneamente el mandatario, -debemos partir, Señor. Y sí, había que salir ya porque cientos de campesinos lo esperaban en Matamoros, pueblo de polvosas calles al oriente de Torreón.

— Si la señorita me lo permite, quisiera invitarla a la gira, masculló el General, sin apenas voltear a ver a su secretario y dando por terminados el desayuno y la charla.

La comitiva salió del Teatro Isauro Martínez, en cuyo foyer se había instalado el equipo de radio presidencial para transmitir a todo el país y donde, en lo que habitualmente era la cantina “Princesa”, en el anexo al Teatro, solía desayunar el General. El Teatro había llamado la atención de los empleados del Ejecutivo que llegaron allí para convertirlo en despacho presidencial. La mezcla de formas que lo adornaban les sorprendió: desde el clasicismo griego hasta el recogimiento medieval, salpicados con adornos de tradición oriental, lo mismo persa que árabe e hindú. Pero fue el plafón del interior lo que más impresionó a los visitantes que trastocaron las entrañas laguneras y vinieron a dibujarle nuevas fronteras en ese 1936: nunca antes habían visto sus ojos una cúpula abrazada por molduras artísticamente cortadas que resaltaban con sus formas y juegos de luces una fascinante pintura conocida como “La inspiración”, por representar el momento en el cual el poeta recibe los regalos de las musas. Dicen algunos que, admirado por la decoración interna del Teatro, el General había preguntado con gran interés por el autor de las pinturas, - Se llama Salvador Tarazona, un valenciano, Señor, alguien le dijo.

Esa mañana, por cierto, el General había anunciado en cadena nacional que la reforma agraria era, para él, la palanca de la justicia social y la respuesta de la Revolución a los verdaderos soldados de esa gesta: los campesinos. Más tarde, ya de camino a Matamoros, pensó que debió haber agregado a su discurso que la tierra, como decían los indígenas allá en el sur, era la madre de todos, por eso



también la mujer ya no sería la simple esposa del marido, sino una fuerza independiente para el progreso del país. Porque así como la tierra es maternalmente generosa, la mujer, por su tradicional fuerza y generosidad, merece un lugar distinto en el nuevo México. -Debí haberlo dicho, se dijo el General, mientras asomaba por las ventanas del auto la entrada a Matamoros, distinguida por sus pinabetes de figura inclinada que daban la impresión de saludar reverentemente a aquella hilera de autos cuyos motores rasgaban con arrogancia el mutismo habitual del pueblo.

## II.

“Las cosas no son lo que son sino lo que hacen y no están donde están sino que están donde actúan”, señor Presidente. El General hizo una mueca de sorpresa y le pidió a esa mujer de floreado vestido hasta las rodillas que le explicara mejor lo que quiso decir.

Sí, mire, y trató de explicar esa afirmación como hacía cuatro años a ella se la había explicado aquel otro hombre que guardaba en su corazón, aquel que debió dejar porque ambos quisieron llevar a plenitud sus vocaciones. Aquella separación había sido asumida como una prueba del amor que se tenían. Fue doloroso, sin duda, pero así debió ser. Meses antes de la boda, cuando sus amigos se enteraron que estaban comprometidos, el jolgorio invadió a ese reducido grupo de mujeres y hombres que habrían de publicar la primera revista literaria en La Laguna. To-

**“Las cosas no son lo que son sino lo que hacen y no están donde están sino que están donde actúan”, señor Presidente.**

dos ayudaron para la boda y hasta para el viaje de luna de miel. Algunos con argumentos más amorosos y otros con razones de coincidencias vocacionales pero todos estaban de acuerdo en que aquella pareja eran el uno para el otro: él era filósofo, pensador, tranquilo; ella... impetuosa, valiente, curiosa y quien mejor escribía de todos.

— Parece que recordó algo muy íntimo, dijo con suavidad el General, interrumpiendo el silencio que había envuelto a la mujer, quien parecía en otro lugar, quizá uno muy doloroso, porque sus ojos se habían nublado como el cielo cuando va a llover.

— Si lo íntimo es aquello de lo que sólo el corazón puede dar fe, entonces sí, recordé algo muy íntimo. Disculpe Señor, creo que debo irme. Le ruego me disculpe.

Atravesada por una nostalgia que por primera vez sentía en la ciudad Capital, cruzó el patio principal de la Residencia Oficial de los Pinos para salir a prisa de esa casona en Chapultepec, construida para que los presidentes de México se mudaran allí mientras gobernaban al país y que, por esos días, se había vuelto visita cotidiana de la periodista, aunque esa mañana la enorme construcción le pareció fría y muda, lo que realmente era: ajena. Camino al portón que daba a la calle, de reojo vio en uno de los jardines cómo dos jóvenes muchachas jugaban con el hijo mayor del General, un pequeñín alargado y de cara sería como su padre: era el primer hijo de un Presidente en habitar esa residencia.

— Miren general Mújica, general Ávila Camacho, licenciado Guerrero: lo importante no es el petróleo en sí mismo, sino lo que puede representar para la Nación- les dijo el General a tres de sus más allegados colaboradores-. No es porque se trate de cambiar la propiedad nada más por cambiarla y dar con ello un mensaje duro a las compañías extranjeras que no respetan las leyes que nos hemos dado. El asunto a averiguar no es otro más que esas leyes nos las dimos porque pueden fomentar el desarrollo de la nación y, considero, lo más valioso del petróleo es eso, que al ser propiedad de la Nación, será la palanca del desarrollo y de la justicia social en nuestro país. Entonces les pido manos a la obra, debemos convertir al petróleo y a los recursos naturales del país en base de la riqueza nacional, es hora de darle vida a nuestras normas. Y una cosa más, creo que en adelante nuestra prioridad será darle vigencia plena a la Constitución y para eso se re-

quieran adecuaciones a la ley secundaria. Quiero que, aún desde esta capital estemos presentes en todo el país, porque, como alguien me lo dijo, uno no está donde está, sino donde actúa, y yo quiero que actuemos en toda la Nación.

### III.

Así que esta es la casa del señor licenciado Madero... Sí, señor Presidente, y este pasillo da al estudio donde escribió *La Sucesión Presidencial*, señaló como invitando a pasar el maestro Alonso, quien era encargado de la casa-museo en que habían convertido la residencia de los Madero en San Pedro de las Colonias. Mire, profesor, este pueblo tiene nombre del que dicen que era como piedra y por eso sobre ella se fundó la iglesia. Y así como el señor licenciado Madero es también la roca del nuevo México, este San Pedro de las Colonias será la piedra angular de la reforma agraria en nuestro país. Y ustedes, los maestros rurales, tienen que ayudarme, ¿oyó?- ¡Seguro, señor Presidente!, asintió el maestro.

“El tren Olivo lo trajo desde la Capital. Sus pasos seguros tocan por primera vez la tierra más productiva del país. Su voz llama, los campesinos se acercan a él como atraídos por el guía. No en vano los purépechas le nombran Tata, como le decían a sus reyes y como le dijeron a Vasco de Quiroga. De cabello corto al estilo militar, sus ademanes son firmes, disciplinados, con movimientos que no salen de su sitio y cada uno tiene una razón de ser. En varias filas que alcanzan los cincuenta metros, los campesinos se le acercan, le cuentan sus problemas y a todos él da una palabra de aliento porque al salir de la entrevista la mirada de los nuevos ejidatarios es brillante, como si por fin alguien hubiese tocado las fibras más profundas de sus necesidades. Ayer, en San Pedro de las Colonias, el Presidente entregó escrituras para trece nuevos ejidos con nombres que recuerdan fechas importantes o invitan a la marcha promisoriosa de un futuro de justicia: *Ejido 20 de noviembre*, *El Cambio*, *El Porvenir*... y se suman a otras tres decenas de nuevos ejidos. Con hechos, el Presidente cumple aquello que anunció a su llegada a La Laguna cuando señaló que venía a dar “el paso más radical

... lo íntimo es  
aquello de lo que  
sólo el corazón  
puede dar fe.

y necesario hasta entonces en materia agraria”. Más tarde, quizá movido por el rostro de los campesinos que conoció, aquellos que soportaron meses de huelga y el implacable desdén de muchos como ellos traídos para sustituirlos y dar la impresión de que aquí la reforma agraria no era bien recibida, el Presidente afirmó: “Este reparto es parte de la revolución mexicana, es para resolver los problemas de los campesinos, dotarlos de tierra, agua, refacción y educación. Con estas tierras harán funcionar un Banco ejidal que los refaccionará, harán funcionar una escuela federal en el ejido, para sus hijos; harán funcionar un hospital con médicos y enfermeras; el campesino irá a la escuela, irá al hospital, y sus mujeres ya no darán a luz en los jacales, tiradas en el suelo... esto es parte de la revolución mexicana” La jornada terminó con el regreso del Presidente a Torreón; el atardecer en San Pedro más que pintado de ocaso poseía los colores de toda aurora”.

— Este texto salió publicado en la edición de hoy del *El Siglo de Torreón*, señor Presidente. El General oteó el texto que le extendía su secretario, y vio la firma de quien lo escribió. Si pudiera hacer en todo México lo que Vasco de Quiroga hizo en mi tierra, entonces no me pesaría que me llamaran Tata. Pero todavía me queda grande el adjetivo, le dijo el Presidente a su secretario. Y dígame a la periodista de mi parte que me honraría si me regala un ejemplar de la novela que, según sé, escribió acerca de esta Comarca, y si tiene a bien, quisiera invitarla al desayuno de mañana.

...Por sus métodos los conoceréis, repitió su respuesta la periodista, al tiempo que sorbió un poco más de café y sus labios trazaron nuevamente su amplia sonrisa. El mandatario, absorto, no se percató que se abrió la puerta de su improvisado desayunador y se agolpaban varios funcionarios temerosos de interrumpir al General. Después de unos minutos, su secretario particular decidió entrar y se acercó para decirle que debían partir.

#### IV.

— Veo que la mujer juega un papel im-

portante en su novela. La protagonista de su libro es valiente, trabajadora y al mismo tiempo es pródiga en ternura y generosidad. La describe con tanto detalle y cariño que pareciera que hay algo biográfico de usted en ella, le comentó el General a la periodista en la víspera de su partida.

— No, señor Presidente, no soy yo- calló por un momento la periodista que sintió cómo su silencio repentinamente se invadió de recuerdos que con una fuerza similar a la de las avenidas repentinas y descontroladas del río Nazas le obligaron a ampliar su respuesta-, o quizá debo decir que no sólo soy yo quien da vida a esa mujer. Eustaquia es La Laguna y sus mujeres. Los ojos de Eustaquia son los mismos de las mujeres que han visto morir a sus maridos en todos estos años de revuelta; son los mismos ojos que han gozado la blancura del algodón cultivado por sus hombres y los mismos que han sido torturados por el abandono o la muerte de sus niños por enfermedad. Las manos de Eustaquia son los de esas mujeres que lo mismo dan forma a las tortillas, que ayudan a dar a luz a sus vecinas o que agarran el azadón para conducir el agua de los canales y acequias hasta los cuadros de cultivo. Las mismas manos que bendicen a sus hijos por las mañanas y las mismas que han echado el último puño de tierra en la tumba del marido muerto en la refriega. El corazón de Eustaquia es el mismo de las mujeres laguneras dibujado con canales de dolor pero capaces de resistir el destino a cambio de una gran cosecha en un buen año: la cosecha del agradecimiento del marido, de la sonrisa del hijo, de la paz en el hogar. Quizá vista así, Eustaquia soy yo en la medida en que ella es La Laguna. A veces la historia es ciega, General, y aunque tiene nombre de mujer, suele olvidarse de las de su misma condición. Aquí mismo se habla mucho de los fundadores de la Comarca pero, por ejemplo, nadie se acuerda de Luisa Ibarra, la viuda de uno de los dueños de estas tierras que ahora usted convierte en justicia para muchos. Todos se acuerdan de su marido y ella sólo es la esposa del señor fulano de tal. Pero fue ella la que tuvo que enfrentar las deudas del esposo, los oprobios, las injurias a la familia y, hoy, el olvido de la historia. Eustaquia es la valentía de Petra Herrera, aquella mujer que cuando fue desafiada por unos alzados agarró la carabina para demostrar su puntería, “si no le tengo miedo a la mamá de la carabina por qué había de tenerle miedo a la hija”, les dijo, cuando los villistas la invitaron a formar parte de sus tropas con el grado de capitana. Su puntería y valentía terminó en Zacatecas, en la batalla de la famosa toma donde

**Quizá vista así, Eustaquia soy yo en la medida en que ella es La Laguna. A veces la historia es ciega, General, y aunque tiene nombre de mujer, suele olvidarse de las de su misma condición.**





**...le escuchó a su corazón decir que los métodos del General eran obras y por ellas se daba cuenta de quién era ése hombre.**

se la quebraron. Entonces, Eustaquia soy yo y es La Laguna con nombre de mujer. Y por eso no comprendo por qué, señor Presidente, la historia ha de ser de puros hombres, o qué, ¿la revolución sólo la hicieron los hombres? ¿Qué mal hemos hecho las mujeres, señor Presidente? ¡dígame dónde está nuestro error!

El General la miraba sorprendido y se sentía sacudido, como regañado pero al mismo tiempo obligado a responder con sinceridad. Sólo atinó a decir: -Y usted, ¿qué hace aquí en Torreón? La pregunta sacudió las entrañas de la periodista, y vinieron a su mente las ocasiones en que ella misma se la había formulado. Tras un breve silencio respondió: cultivo conciencias, Señor, conciencias. Quizá le parezca poco, pues yo no puedo repartir haciendas como lo hace usted. Pero tengo el poder para sembrar en esa parcela virgen que todavía es la mujer de estos rumbos. Las grandes cosechas nacen de las entrañas de la buena tierra y el buen riego. La conciencia social es agua que libera, señor Presidente, y las laguneras somos como la mejor tierra. Somos mar que envejeció antes y por eso parecemos desierto, pero apenas debajo de nuestra piel se retuercen vigorosos ríos de fuerza y coraje. Y ya lo ve, esta región le da algodón a todo el país y hasta a los Estados Unidos.

— No me malinterprete, -atajó el General- pero quisiera invitarla a la Capital. Usted... a usted la necesitamos, la necesita el país. Le pido que, si acepta, acuerde todo lo necesario con mi secretario. Ahora, si me disculpa, debo preparar mi

mensaje de despedida.

Antes de retirarse, el General se dio vuelta para decirle: No tengo la menor duda que será usted una gran periodista y, desde la Capital, su trabajo en el cultivo de las conciencias actuará en todo el país. La parcela es grande y necesita riego.

Clavada a la silla y siguiendo la figura del General que se alejaba, constató que tuvo razón al intuir que ése hombre tenía lo que ningún presidente anterior poseyó. Por eso cuando el General le preguntó por qué había solicitado una entrevista el cuarto día de su estancia en Torreón, ella le contestó: “por sus métodos los conoceréis”, frase sincera y al mismo tiempo muy personal, tan personal como la creatividad de un amor que se ha ido, como aquel del que decidió irse. En el ensueño que la arropó en ese momento, le escuchó a su corazón decir que los métodos del General eran obras, de eso no tenía la menor duda, y por ellas se daba cuenta de quién era ése hombre.

Se levantó despacio, y caminando con pasos que parecían sostener a un monje en oración, salió de la oficina, descendió por la escalinata frontal del teatro, y salió a la calle; caminó sin darse cuenta de su andar. Llegó a la plaza de armas y al abrazo de la sombra de uno de los árboles que salpicaban de verde ese enorme cuadro con quiosco al centro, escuchó el sonido de las risas, los bolos que caían al golpe de la bola lanzada por los más viejos, los brindis, los suspiros de jovencitas enamoradas, las promesas de muchachos terratenientes, de prósperos comerciantes y con claridad también escuchó los vales tocados en ese Casino de La Laguna que frente a ella reposaba exhausto, sediento y solitario a la espera de que alguien lo rescatara del olvido. Sus enormes ventanales que hicieron graciosa su fachada neoclásica, ahora sucios por el abandono, parecían los ojos cerrados de un pordiosero adormecido.

Esa noche, durante el discurso que en cadena nacional estaba dirigiendo el General a todo el país desde el Teatro Isauro Martínez, la lucha de espíritus envolvió más que a la periodista y escritora, a la mujer. La guerra que dispusieron en su interior sus íntimos deseos con las garras de

las convenciones no le permitieron prestar atención al discurso. Pero al momento de sentir con el aviso intuitivo del cuerpo más que con los susurros de la razón de que la decisión estaba tomada, volvió al presente y oyó con claridad la voz del General que con su característica oratoria solemne estaba por concluir su mensaje, y todavía pudo escucharle decir: *“Toda la República deberá aprovechar en adelante las experiencias y las enseñanzas del trabajo llevado a cabo en esta zona, para constituir definitivamente sobre bases sólidas el edificio de la industria agrícola nacional”*.

V

México, D.F., a 13 de octubre de 1937  
Querida Elvirita:

Espero que el calor haya disminuido en Torreón. Y que las cosechas de este año sean tan grandes como el orgullo de nuestra región. También deseo que tu Colegio mantenga ese prestigio escolar que me comentas. Bajo tu dirección es lo normal.

Mi estancia en la Capital ha sido muy instructiva. Mi curiosidad y sed de aprendizaje no descansan y las alimento con tertulias literarias, conciertos de orquestas (que estoy segura te alegraría sobremanera escucharlas), visitas a museos y el contacto con colegas del periodismo. Además de las responsabilidades en el Diario. A tus inquietudes respondo con seguridad: tienes habilidades, querida amiga, para desarrollar tu enorme potencial periodístico en esta Capital. Además, creo que tenemos la obligación de hacerlo, pues para eso somos mujeres, ¿no?

Junto con esta carta, te envió ejemplares de mi nueva novela, al parecer ha tenido una recepción muy buena y he tenido noticias de que incluso en Nueva York se ha vendido muy bien. También me han pedido autorización para que se traduzca al francés. Pues cómo no, ¡sí por eso ha sido considerada la novela del mes en la ciudad de la Estatua de la libertad! Ya sabes que no lo digo por vanagloria, pero contigo, amiga, digo lo que siento sin cuidarme del terrible juicio que suelen tener algunas personas que, lejos de ayudar a mejorar la escritura de una, la tratan de destrozar, ya sea por el rumor, el ataque anónimo en algunos diarios o hasta con la organización

de reuniones entre colegas donde a propósito no me invitan. Pero eso no me importa.

Amiga, he respondido con prontitud a tu carta, porque me interesa y me alegra mucho la idea de que pronto estés conmigo y realices ese sueño que, lo digo con la seguridad del corazón, es una vocación y hasta una misión para ti. El periodismo, sabes bien, es lo tuyo. Te necesito pronto y aquí. Soy breve porque la prisa de verte en la estación del ferrocarril es tanta que más palabras sobre el papel volverían pesado a ese tren que pronto habrá de traerte. Te adelanto que ya le hablé al señor Presidente de ti.

Te abrazo y te espero. ¡Ah! ¡Tráeme por favor una caja de jabones “lagunero” de la fábrica de los Anaya! Porque necesito bañar esta nostalgia que a veces me abrasa como el sol a nuestra tierra, amiga. Bueno, por ahora me despido firmando con el nombre que me han dado algunos malintencionados en la Residencia oficial de Los Pinos y que tanta risa me provoca, espero que a ti te cause gracia también. Con mucho cariño se despide tu amiga del alma,

la amante del General.

**Porque necesito  
bañar esta  
nostalgia que a  
veces me abrasa  
como el sol a  
nuestra tierra,  
amiga.**